

## DESPEDIDA DEL LICENCIADO DON PEDRO TRONCOSO SANCHEZ

**Mons. Hugo E. Polanco Brito**  
**Presidente ADH**

**A nombre de la Academia Dominicana  
de Historia.**

En mi doble calidad de sacerdote amigo de Don Pedro Troncoso Sánchez y de Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, presido esta misa funeral, como última despedida humana, cuando vamos a depositar sus restos en la oscuridad del sepulcro, para que allí espere el momento espectacular de la resurrección al final de los tiempos.

En su larga vida, fundamentada en el sentido cristiano de la existencia, más de una vez resonaron en sus oídos de filósofo e historiador las palabras de Cristo a Marta; “Yo soy la resurrección y la vida, el que presta adhesión, aunque muera seguirá viviendo... No morirá nunca”. En su vida, que acaba de terminar para nosotros, porque ya no le volveremos a ver, él supo en su vida de fe, responderle a Jesús como lo hizo María: “Yo creo firmemente que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios”, (Juan 11.25-28).

Mis recuerdos personales se remontan a los tiempos en que la República confió en él la alta honra de ser Embajador ante el Vaticano, cuando ocupaba la Cátedra de Pedro el ilustre Pío XII, y yo era ya sacerdote, estudiando en la Universidad Gregoriana. El era un hombre en la plenitud de la vida, acompañado de Doña Olga, María Alicia y Marcos. De sus labios yo aprendí muchas cosas, especialmente a apreciar cada día más los delineamientos de la historia de



nuestro país, para mirarlos con un sentido de alta esperanza en el futuro de la nación.

Estos razgos de amistad duraron todo el tiempo de su vida, hoy nos reúnen para la despedida final. El ha salido del mundo de los vivos, para escuchar de labios del Juez eterno estas palabras alentadoras: “Vengan, benditos de mi Padre; hereden el reino preparado para ustedes”. (Mateo, 25.34).

La última vez que lo visité, hace unos dos meses, me dijo: “Cuánto estoy sufriendo. El dolor es muy fuerte. Dios me está probando”. Y al decirle que como a Job, Dios prueba a los justos, pareció acoger la voluntad del Señor con noble resignación.

Con su muerte, la Academia de la Historia pierde uno de sus miembros más distinguidos, sobre todo por sus estudios históricos, su profundo amor a las glorias patrias.

A su muerte, le han estado esperando en el mundo de los muertos los delegados de la Academia, recién fallecidos: Rodríguez Demorizi, Alfau Durán, Larrazábal Blanco y César Herrera. Casi un quórum para celebrar una Sesión Solemne para recibir a Don Pedro ante la presencia del “Señor de la Historia”, en cuya visión todos los tiempos están presentes.

Al hablar de su larga enfermedad y de que ya se acercaba el final, me dijo alguien: el país está perdiendo a sus grandes hombres, y nos falta una generación intermedia, que pueda llevar con dignidad y brillantez la antorcha de la Patria, iluminando al mundo dominicano, para que al terminar estos quinientos años de vida civilizada, podamos enfrentar los retos que nos traerá el inicio del tercer milenio de vida cristiana.

A nombre de la Academia de la Historia, de la cual fue eficiente Tesorero queremos todos sus miembros expresar nuestrás condolencias a la extensa familia de Don Pedro, especialmente a su viuda e hijos.

Que descanse en paz, y que nosotros podamos recoger la antorcha que él empuñó con mano firme, y como él mirar el futuro dominicano con esperanza, basadas en las palabras de Cristo, “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Amén.

